

## Mi búsqueda a la paz

La familia entera se acercó a la valla de la que iba a ser su nueva casa. La observaron, era grande, magnífica, pero estaba rota, se podría decir que tanto como la familia que iba a vivir dentro. Era una mansión, de madera completamente, no sabían cuánto tiempo hacía que estaba abandonada, ni cuanto hacia que la mitad de la mansión había quedado reducida a escombros, pero sabían que no tenían otra alternativa.

Abrieron la chirriante valla y subieron las crujiertes escaleras hasta llegar a la puerta. No hizo falta usar llave, dado que la puerta estaba rota, no podrían aunque quisieran, porque en realidad, la casa no era suya, no era de nadie y ellos necesitaban un sitio donde dormir, como ya he dicho, no tenían otra opción.

Yo los observaba sentada desde el tejado, eran cinco, todos con un aura de dolor o tal vez miedo, si tuviera que describirlo con un color sería el gris, cinco personas con una nube gris a sus espaldas, cinco nuevas y grises personas en mi casa. Sí, fui descuidada, no tendría que haber salido a observar, pero sus voces en la entrada me despertaron y tenía curiosidad. Supe que la había fastidiado cuando los ojos grandes, vivos, brillantes y temerosos del más pequeño conectaron con los míos, me dio tiempo de ver su cara de terror antes de huir. Sería divertido tener nuevos huéspedes.

El padre abrió la puerta y entró quejándose del polvo acumulado en ella, la madre limpiaba su gran abrigo de piel, mosqueada, no quería que se ensuciara, el tío tenía la mirada perdida, sacó unas pastillas del bolsillo y se las tragó sin pestañear, el pequeño niño, aún aterrorizado buscaba consuelo del tío estirando de su chaqueta, él lo empujó, el niño cayó al suelo, no se levantó, se sentó sin ni siquiera quejarse, parecía acostumbrado, la niña entró la última, fue directa al niño y se sentó a su lado. La madre echó un vistazo a la parte de la casa que seguía en pie – no se puede subir, las escaleras están derrumbadas- declaró dando otra vuelta más por el lugar – pero podremos bajar al sótano.

Un silencio sepulcral inundó la sala.

Y de golpe.

Gritos.

-¡Si no hubiera sido por el drogadicto de tu hermano nos quedaría algo de dinero!

-¡Querrás decir si no hubieras perdido nuestra casa en una apuesta, acéptalo, siempre pierdes!  
- ese comentario pareció malherir el orgullo del padre.

-¡y tú con tus joyas y ropas de marcas y de piel, si las hubiéramos vendido tal vez podríamos haber salido de esta!

- ¡Ni se te ocurra tocar a mis bebés!- gritó la madre refiriéndose a sus pertenencias.

Los niños observaban, tampoco parecía que los gritos fueran algo nuevo, la conversación continuó, pero dejé de escuchar, no me interesaba. Fijé la vista en el tío, se estaba acercando al sótano, en busca de algo de valor para, efectivamente, cambiarlo por sustancias estupefacientes. Abrió la puerta y nada más hacerlo un hedor penetró sus fosas nasales hasta llegar al cerebro. Cerró de un portazo, entonces los gritos cesaron. Se acercaron lentamente a él. No les hizo falta preguntar el porqué del portazo debido que el olor seguía en el aire.

Supusieron que había algún animal muerto y continuaron gritando como, irónicamente, animales.

La noche llegó a la ciudad, la familia dormía en sabanas tiradas en el suelo, puesto que en

aquella casa las habitaciones estaban en el segundo piso y no podían subir. Y menos mal, no habría soportado que nadie tocara mis cosas. Como ya he dicho, la familia estaba durmiendo, todos, excepto el pequeño niño, al que debía una disculpa por asustarlo.

Estaba en una esquina, tapado con una manta, leyendo uno de mis libros del estante del comedor, me acerqué a él, de frente. Cuando levantó la cabeza y me miró detenidamente, noté como esos ojos marrones, brillantes y grandes, se volvían grises y ensombrecidos, esa carita de niño pequeño perdía dos años de vida a causa del miedo. No dijo nada, no se movió. No necesité explicarle que era y no creo que le interesase saber quién. Me senté en frente suyo para quedar a su altura e hice lo que había venido a hacer-Lo siento-el niño abrió la boca lo máximo que pudo y comenzó a gritar. La familia se despertó. Me di la vuelta y los observé, me miraban, algunos con pánico, otros confundidos. Todo se quedó en silencio hasta que la madre se levantó, se estaba acercando demasiado, en ese momento fui yo la que entró en pánico. Y entonces sucedió algo que nunca me había pasado. Me atravesó. Me atravesó y agarró al niño de la oreja. – Eso te pasa por leer libros a estas horas, seguro que es de miedo, niño estúpido.- El pequeño y yo nos miramos en silencio, entendimos que nadie me miraba a mí, no me podían ver. La señora agarró el libro que tenía el chiquillo en las manos y lo lanzó al suelo -Ahora a dormir- y entonces, excepto uno que aprovechó para tragarse una pastilla antes, todos volvieron a arrojarse con las sábanas. Yo decidí dar una vuelta por segundo piso.

El niño, lejos de irse a dormir empezó a buscarme, pero no podría encontrarme, porque no podía subir. Decidí ser amable y bajar de nuevo. Él volvió a mirarme detenidamente y dijo algo, que aunque parezca mentira, nadie me había dicho a la cara.-Estás muerta- no supe cómo reaccionar, y sin quererlo, empezaron a brotar lágrimas de mis ojos, lágrimas vacías, ojalá pudiera sentir las. Asentí sin decir nada, y lo miré a los ojos- tu pareces estarlo, pero por dentro...- el pequeño sonrió, y cambió de tema.

- ¿Y por qué estás muerta?- preguntó descaradamente, me habría gustado contestar la verdad, pero ni yo la sabía
- No lo sé
- Y desde cuando estás así- la misma contestación
- No lo sé
- ¿Y por qué estás aquí?- A esa pregunta sí sabía la respuesta
- Porque hay algo que no he hecho...
- ¿Y qué es?
- No lo sé
- ¿Y cuántos años tienes?
- ¿Qué año es?
- 2020
- Este año cumpla 89 años
- No pareces tan mayor
- Creo que físicamente tengo 9
- Oh, mi edad...

Nos quedamos en silencio, tampoco teníamos mucho que contarnos, nos sentamos en unas sillas de la cocina a observar a su familia y tuve que preguntar:

-¿Por qué estáis en mi casa?

-no tenemos a donde ir

-¿Por qué?

- Porque mi padre perdió la casa en una apuesta

- sí, eso había escuchado...
  - mi tío vendió todo lo que tenía para comprar drogas y mi madre no quiere deshacerse de sus ropas ni joyas, supongo que todos somos unos egoístas a nuestra manera
  - a ti simplemente te ha tocado vivir así
  - supongo...
- Hablamos durante unas horas más, nada interesante, así que decidió irse a dormir, yo subí a mi cuarto, pero entonces me di cuenta de que ya había alguien dentro, y solo podía ser una persona o más bien no.
- Hola- dijo ella cuando me escuchó entrar
  - ¿Qué quieres?
  - Nada, solo asegurarme de que no vas a hacerle nada a mi hermano
  - ¿Por qué iba a hacerle algo?
  - solo me aseguraba
  - Por qué estás aquí
  - Te lo he dicho, para proteger a mi hermano ¿Y tú?
  - No lo sé
  - ¿qué clase de espectro no sabe por qué sigue en este plano astral?
- Supongo que alguien que no sabe cómo murió...- No supo que decir, pero algo en ella me inspiraba confianza y me decía que podría ayudarme a descubrirlo.

Al día siguiente, o más bien la noche decidí bajar a hablar con el pequeño, quería pedirle ayuda sobre la conversación que había tenido con su hermana la noche anterior, y ella estaba con él, como siempre como una guardaespaldas. Decidimos empezar a investigar la casa. Al poco rato el niño me vino corriendo con un periódico en la mano. Me lo mostró. A pesar del polvo y las roturas que tenía el papel, pude reconocer a mis padres en la fotografía. No sé cómo deduje que eran mis padres, simplemente algo dentro de mí me lo afirmaba. En la noticia decía que dos rebeldes judíos habían sido asesinados brutalmente a punta de pistola. No ponía quienes habían sido los culpables pero estaba claro que había sido por culpa de unos nazis.

Miramos las fechas, esto había sucedido en el año 1940, justo cuando yo tenía 9 años, las fechas coincidían con la de mi muerte. Pero no ponía nada acerca de ello. Decidimos seguir buscando, era hora de bajar al sótano.

Abrimos la puerta que separaba ese horrible hedor del aire que respirábamos y bajamos lentamente, no sin antes taponarle la nariz al pequeño, con incertidumbre y terror por lo que nos pudiéramos encontrar. Al llegar abajo nos dimos cuenta de que la mayoría del sótano estaba en ruinas, y poner patas arriba la parte accesible. Y entonces el pequeño gritó nos hizo entender que había encontrado algo o mejor dicho, alguien. Mi cuerpo estaba enterrado entre los escombros, decidimos sacarlo, algo se cayó de mi bolsillo, una carta, pero esa carta no la tenía al momento de morir, si no, me habría dado cuenta, la habían puesto ahí tiempo después.

El pequeño, siempre acompañado de su hermana, me leyó la carta. En esa carta me pedían perdón, perdón por habernos matado a balazos, a mí y a mi familia, perdón por haberlo hecho por una razón tan estúpida como era la de ser judíos, perdón por no poder haber dicho no a esa orden y perdón por tener que esconder mi cuerpo y el de mis padres, decía que detonar la casa no era una buena opción, pero era la orden que les habían dado. En la carta dejaba claro que no la hacía para que la encontraran sino más bien para no tener tantos remordimientos y calmar los demonios de su cabeza. Y una vez más, pedía perdón por todo.

Después de leer la carta un calor invadió mi cuerpo, pero no un calor abrasador, más bien el calor de un abrazo, como si me arrastraran hacia una luz con olor a tortitas, como las que hacía mi madre por la mañana, me dio tiempo a darle un abrazo al pequeño y despedirme de la hermana antes de entrar en ese túnel de luz al que voy a llamar paz.

La verdad es que no sé qué ha sido del pequeño, la hermana y su familia pero donde quiera que estén les doy las gracias y les deseo que encuentren, ellos también, su paz.

Laia Lucas Porcuna

